

# Santidad en la literatura actual

*José Joaquín León Morgado*

Periodista, Consejero Editorial del Grupo Joly

Hablar de “Santidad en la literatura actual” es el propósito de esta conferencia. Cuando me lo propuso Enrique Beloso, mi primera intención fue rechazar esta posibilidad. No por descortesía, ni nada parecido, sino porque a priori la literatura contemporánea se ha olvidado de los santos, según se entienden al modo clásico. Hay algunas excepciones, pero pocas. La hagiografía no es precisamente uno de los géneros que están más de moda. Por el contrario, si se atribuye a Nietzsche la muerte filosófica de Dios (que tanto mal ha causado al ser humano en los últimos tiempos), se podría añadir que la literatura contemporánea ha sido una eficaz cómplice en ese objetivo.

Esto se aprecia en la mayoría de los libros que hoy publican las principales editoriales. En las listas de *best sellers*. En los libros que son del gusto de quienes dictan lo políticamente correcto. Se podría decir que Dios no ha muerto, sino que ha sido directamente olvidado, borrado, omitido... Es verdad que existen excepciones, a las que luego me referiré. También es verdad que yo me estoy refiriendo a la literatura, sobre todo a la de ficción, pero no ocurre lo mismo con los ensayos o los libros de no ficción. Los libros escritos por los últimos Papas han sido *best sellers* habituales. Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han tenido y tienen muchos lectores, y han estado en las listas de los autores superventas.

Pero yo me he centrado en la literatura de creación, en los escritores que publican actualmente. En ellos se percibe (siempre hablando en general) esa ausencia de Dios a la que me refería antes. Y si Dios ha sido borrado, o simplemente olvidado, ¿para qué sirven los santos? En teoría, están de más, y tampoco se cuenta con ellos.

Sin embargo, a pesar de todos esos pesares, y de muchos más, acepté la conferencia dentro de este ciclo, en el que quizá se inserta como una nota exótica. A ello contribuyó la lectura de *Gaudete et Exsultate*, la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, sobre el llamamiento a la santidad en el mundo actual. Y, más en concreto, lo que el Papa nos dice en su capítulo primero:

“Hay muchos tipos de santos. Además de los santos oficialmente reconocidos por la Iglesia, muchas más personas corrientes están escondidas de los libros de historia y, aun así, han sido decisivas para cambiar el mundo”.

A esto añade más adelante:

“La santidad es tan diversa como la humanidad; el Señor tiene en mente un camino particular para cada creyente, no solamente para el clero, los consagrados, o los que viven una vida contemplativa. Todos estamos llamados a la santidad, cualesquiera, que sea nuestro papel, “viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio”, y en las ocupaciones de cada día, vueltos hacia Dios.

Esto sería lo que se ha dado en llamar “la santidad de las clases medias”.

Pero antes de seguir avanzando por ese camino, quiero precisar que me voy a referir especialmente a la literatura actual. Antes de llegar al siglo XXI, todavía a lo largo del siglo XX, se podría afirmar que la santidad y la religiosidad estaban más presentes en la literatura, en un sentido clásico. Hubo muchos autores que escribieron sobre vidas ejemplares. También hubo algunos, como Chesterton, imbuidos de un espíritu religioso, que incorporaron a sus obras, hasta el punto de crear un personaje tan entrañable como el padre Brown para sus novelas policíacas.

Chesterton era inglés. La vieja Europa todavía no estaba tan secularizada. En Francia, en Alemania, en Italia, y por supuesto en España podemos encontrar los testimonios de escritores que seguían considerando a Dios y a la santidad. Escritores de tan diversos criterios estéticos, o incluso ideológicos, como Gabriel Miró, Miguel de Unamuno, Antonio Machado o José María Pemán lo tuvieron muy presente.

Pero es en la poesía del siglo XX donde el amor y la búsqueda de Dios, el misticismo y la santidad son más visibles y reconocibles. Pensemos en Gerardo Diego, Dámaso Alonso o Luis Rosales. Leopoldo de Luis publicó una *Antología de la poesía religiosa de la posguerra* en 1969. Un año después, en 1970, Ernestina de Champourcin, poetisa o poeta casi olvidada del 27, publica otra antología titulada *Dios en la poesía actual*.

Se puede decir que la influencia de San Juan de la Cruz había seguido marcando el aliento de los poetas españoles. Llega a escribir Vicente Gaos que “toda poesía es religiosa”. En ese sentido, poetas como León Felipe, José Ángel Valente, Francisco Brines o Jaime Gil de Biedma se encuentran impregnados por el fulgor de lo sagrado, cada cual, a su peculiar modo, incluso desde el existencialismo.

Más claramente, la poesía religiosa está presente en muchos poetas andaluces. Y no sólo en poetas religiosos, por sus creencias y formación, como el ya citado José María Pemán, José Luis Tejada o Pilar Paz Pasamar, además de la escuela sevillana de Rafael Laffón, Joaquín Romero Murube, Juan Sierra, Aquilino Duque, Rafael Montesinos, Joaquín Caro Romero y tantos otros, también cada cual con sus voces y matices propios. La poesía religiosa brilla igualmente en miembros del grupo Cántico cordobés, como Ricardo Molina, Juan Bernier, Mario López, y singularmente Pablo García Baena.

Voy a fijarme un poco más en él, en Pablo García Baena, que fue premio Príncipe de Asturias de las Letras y pregonero de la Semana Santa de Córdoba (lo que no es incompatible), y que nos muestra en sus obras una religiosidad profunda, en la que a veces lo divino se rebaja hasta la condición de lo humano.

¿Y eso es una santidad? A su modo, incluso en lo más florido y vitalista de su poesía, en García Baena hay una vocación de santidad y un trasfondo de lo sagrado, que se torna un misterio difícil de cumplir en nuestras vidas.

En la narrativa española del siglo XX vamos a encontrar más testimonios. Destaca la obra de José Luis Martín Descalzo, hoy condenada al olvido. El padre Martín Descalzo había estudiado Historia y Teología en la Universidad Gregoriana de Roma, y allí formó parte del grupo poético reunido en la revista *Estria* del Colegio Español, que ayudó a fundar junto con José María Javierre. En ella colaboraron escritores como Antonio Montero Moreno, que llegó a ser

arzobispo, el biblista Luis Alonso Schökel, el padre Joaquín Luis Ortega, que fue director de la Biblioteca de Autores Cristianos, o el poeta y ensayista José María Valverde. Se ha escrito que este grupo supo intuir que los medios de comunicación estaban llamados a sustituir al magisterio de la Iglesia en la formación espiritual de las masas y que, por lo tanto, el periodismo debía ser el sacerdocio de la modernidad. Aunque, en realidad, se debe añadir que eso ya lo había descubierto Ángel Herrera Oria, muchos años antes.

Pero, volviendo a Martín Descalzo, debo recordar que había ganado el Premio Nadal en 1956, con *La frontera de Dios*. En 1962 ganó el Premio de Teatro de Autores y en 1972 el premio González Ruano. Por cierto que también fueregonero de la Semana Santa de Valladolid.

Martín Descalzo cultivó todos los géneros, pero destacó muy especialmente en el teatro. Su obra *La hoguera feliz* recreaba la vida de Juana de Arco. Uno de sus mayores éxitos se estrenó en 1986, y se titulaba *Las prostitutas os precederán en el Reino de los Cielos*. De su amplia obra literaria destaca también *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*. Y, por supuesto, el testamento poético final que nos dejó en *Testamento del pájaro solitario*, claramente entroncado con la mística de San Juan de la Cruz.

Me he referido a Martín Descalzo porque fue un escritor muy apreciado en su tiempo, no sólo entre personas religiosas, sino también en los sectores políticos que hoy se consideran progresistas. No era un escritor mirado de reojo por la crítica imperante, como sí fue el caso de Torcuato Luca de Tena, que escribió *Los renglones torcidos de Dios*, donde narra la historia de Alice Gould, una detective que se interna en un hospital psiquiátrico siguiendo las pistas referentes a un caso de homicidio. Una novela donde se cuenta el esfuerzo de las personas para cuidar a esos renglones torcidos, con un criterio que entraría en lo que el Papa Francisco considera la santidad de la clase media. A pesar del éxito popular que obtuvo, y de ser llevada al cine, en las elites culturales se vio como un subproducto.

Y ya que me he referido antes, de pasada, a José María Javierre, que fue compañero de Martín Descalzo, hay que decir que Javierre fue un gran especialista en biografías de santos. Entre ellas, destaca la dedicada a Santa Ángela de la Cruz (premio Ciudad de Sevilla en 1968), titulada *Madre de los pobres*. Javierre también publicó biografías de fray Leopoldo de Alpendeire, el beato Marcelo Spinola, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Juan de Dios, el cardenal Merry del Val y el papa Pablo VI. Fue un gran biógrafo de santos, a pesar de que tenía fama de cura “progre”, incluso de rojo, lo que se puede considerar curioso para un hombre que escribía tantos libros de santos. Bueno, y fueregonero de la Semana Santa de Sevilla en 1993. Además de director de *El Correo de Andalucía*, entre otras cosas. Javierre se afincó en Sevilla, y quizá le perjudicó. Porque Sevilla es Sevilla, pero no es Madrid. Aún, así consiguió algo muy raro: Javierre tenía un hermano, Antonio María, que fue cardenal. Sin embargo, el más famoso era José María. De modo que el cardenal era conocido como “el hermano de Javierre”, dicho sea, con todo el cariño y respeto.

Entre los escritores novelistas que han tratado la santidad, yo destacaría a José Jiménez Lozano. Un gran escritor, un castellano de pura cepa, que ganó el premio Cervantes en 2002. Nació en un pueblo de Ávila, llamado Langa, pero ejerció casi toda su carrera profesional en Valladolid, donde llegó a ser director de *El Norte de Castilla*, periódico en el que había coincidido con Miguel Delibes.

A Jiménez Lozano le cabe el honor de haber recibido la Cruz de Honor que le concedió el Papa Francisco y que le fue impuesta por el arzobispo de Valladolid, monseñor Ricardo Blázquez. A lo largo de su carrera, Jiménez Lozano publicó numerosos libros, en varios de los cuales se encuentra la aspiración a la santidad de muchos de sus personajes. Autor de libros biográficos sobre Juan XXIII y Fray Luis de León. Pero también sobre los judíos, los moriscos y los conversos, en cuya realidad profundizó.

Un escritor de gran espiritualidad y misericordia, que buceaba en el interior de sus personajes, hasta dejarnos espléndidas novelas, en las que fue capaz de retratar a *Sara de Ur*, o la titulada *El viaje de Jonás*. En *El Santo de mayo* y otros libros de relatos también contó historias modernas y antiguas sobre Castilla, y sobre personas que protagonizaron vidas a veces abnegadas en tiempos difíciles. Eran santos de su tiempo.

Entre las obras más recientes que se han publicado sobre santos oficialmente reconocidos, santos que son santos de los de toda la vida, hay que destacar una novela de Jesús Sánchez Adalid, titulada *Y, de repente, Teresa*. A mí me da un poco de corte hablar de Sánchez Adalid, porque él ha intervenido en este ciclo. Yo quería haber venido ese día, pero no pude por un imprevisto de última hora. Pero es de justicia que lo destaque, porque *Y de repente Teresa*, publicada en 2015, se convirtió en algo así como la novela oficial del V Centenario de la santa de Ávila.

Jesús Sánchez Adalid, como sabéis, es jurista, filósofo, teólogo, y además un sacerdote que ejerce como canónigo y párroco en Mérida. Uno de los mejores novelistas históricos españoles, que ha ganado importantes premios, entre ellos el Fernando Lara de novela. Escribió una obra arriesgada que habla de Teresa de Jesús, la figura más importante y universal de la España del siglo XVI, una mujer que quería vivir la fe y la santidad con una espiritualidad pura. Una novela que, según el autor, también nos habla de la Inquisición española “con rigor, lejos de mitos y tópicos”, y que descubre una faceta desconocida de la vida de Teresa de Jesús a la que el autor tuvo acceso. Durante el reinado de Felipe II, la Inquisición se lanzaba con obsesión a controlar la sociedad española. Nadie estaba libre de sospecha. Y esto también nos sirve de reflexión: a veces controlar la santidad, desde una ortodoxia rigurosa, puede convertirse en un freno contra los verdaderos santos.

En el siglo XXI se han escrito pocas novelas como ésta, que iba a contra estilo. Aprovechó el momento del V centenario de Santa Teresa, pero lejos del marketing que pusieron en juego otras editoriales y otros autores y autoras, que escribieron libros sobre la santa de Ávila desprovistos de rigor, con frivolidad, y tratándola como si fuera un personaje de moda, algo así como una *influencer* de su tiempo. Sin captar su espiritualidad.

## Los géneros literarios de moda

Al hablar de una novela histórica, me parece oportuno referirme ahora a los géneros literarios de moda en el siglo XXI, del que ya hemos vivido casi dos décadas.

En nuestro tiempo, ¿a qué juegan las grandes editoriales? Apuestan claramente por un marketing a veces descarado, que sólo busca lo comercial. Vender. Y no es malo vender, ojo... Pero se venden libros como se vende un objeto, como se vende un perfume, un electrodoméstico, o el último modelo de un teléfono móvil.

Los géneros literarios de moda, los que suelen triunfar en los premios literarios y las listas de libros más vendidos son:

- En la narrativa: La novela histórica. La novela negra o policíaca. La novela de misterio o suspense. La novela de reinos o espacios alegóricos. La novela autobiográfica. La novela erótica de amor que se confunde con el sexo. La novela de mujeres, casi siempre desesperadas. La novela de famosos de la televisión que cuentan algo.
- En los ensayos destacan los libros de políticos que cuentan sus propias biografías escritas por un negro, un negro literario, claro. Los libros de gurús economistas. Los libros de autoayuda y psicológicos. Los libros de pensadores que sólo son divulgadores de la vida moderna.

- En la poesía destacan los libros escritos por poetas y poetisas (a las que ya no se llama así), la mayoría menores de 25 años, sobre todo colgadas por Twitter e *influencers*. Poetas que no escriben con su nombre, sino con seudónimo, y que incluyen en sus poemas frases de amor, entremezcladas con palabrotas y alusiones al sexo, dicen que con fines románticos.

Estos son, más o menos, los géneros literarios de moda. Entonces, llegados a este punto, podríamos preguntarnos: ¿Los géneros literarios de moda son incompatibles con la santidad del hombre contemporáneo?

Voy a regresar a *Gaudete et Exsultate*, la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, para recordar que la santidad que propone el Papa a los hombres y mujeres de hoy se sostiene en las Bienaventuranzas. Es decir, quienes cumplen las Bienaventuranzas en la sociedad actual son los santos de hoy en día.

El Papa lo refleja así:

- “Ser pobre en el corazón, esto es santidad”.
- “Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad”.
- “Saber llorar con los demás, esto es santidad”.
- “Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad”.
- “Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad”.
- “Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad”.
- “Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad”.
- “Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad”.

Se puede afirmar, con el Papa, que cuando reconocemos a Cristo en el pobre y en el que sufre, se nos revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas. “El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias.”

Sin embargo, también apunta un riesgo de confusión: algunas ideologías nos llevan por un lado a separar las exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor. Convierten así el cristianismo en una especie de ONG, quitándole “esa mística luminosa” que vivieron y manifestaron los santos. Por otro lado, están aquellos que viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, immanentista, comunista, populista... O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes, o como si sólo interesara una determinada ética o una razón que ellos defienden.

## Huérfanos de Dios

Podríamos decir que, en la literatura contemporánea, el hombre y la mujer se encuentran huérfanos de Dios. En líneas generales, mucho más que en otras formas artísticas. Pensemos en la pintura o la escultura. Pero en la literatura creativa de moda, Dios es el gran ausente. A veces se menciona como una huella del pasado, de otros tiempos. A veces el creyente es minimizado, cuando no ridiculizado. A veces son recreados personajes vinculados con el cristianismo, como la Virgen María o algunos santos, y en ocasiones se hace con dignidad y respeto, pero en otras se desliza una visión mundana y descontextualizada.

Dice también el Papa Francisco que el diablo está presente desde las primeras páginas de las Escrituras. Y que “no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea”. En la escritura actual también está muy presente. Y se podría decir que, en el

eterno combate entre el Bien y el Mal, en la literatura actual ganaría el Mal por goleada. Y no porque la literatura sea especialmente mala, sino porque es un reflejo de lo que se impone en la sociedad actual.

Una sociedad donde el Mal vende, donde el Mal es comercial, y donde el Bien se considera ajeno a los gustos de los lectores. Así han perdido su capacidad intelectual, para ser reducidos al papel secundario de consumidores.

Volviendo a lo que antes llamaba los géneros de moda, nos encontramos:

- Novela histórica. Hay pocas excepciones, como las que hemos visto de Santa Teresa, que fue muy promocionada porque se cumplía una efemérides comercial, como era su quinto centenario. Pero, en general, las novelas históricas actuales están relacionadas con los romanos, los árabes, o el siglo XIX, que dio mucho juego. El asesinato de Prim es uno de los crímenes más novelados de la historia, y raro es el año en que no vuelve a publicarse alguna novela del asesinato de Prim. La América colonial parece que ahora interesa menos. También publican muchas novelas sobre intrigas cortesanas y cosas así. Dentro del apartado, aunque no sean tan antiguas, nunca han dejado de estar de moda las novelas de la Guerra Civil. Casi siempre con la intención de levantar heridas, más que de cicatrizarlas. Ahí sin embargo existe un territorio importante, ya que hubo mártires y personas con virtudes heroicas, santidades reconocibles, que frecuentemente se quedan en el olvido por los prejuicios políticos.
- Novela negra o policiaca: En estas novelas manda la tradición y el prestigio del género, que necesita muertos. El asesino o la asesina, por definición, no pueden ser santos. En cuanto al asesinato o la asesinada, por lo común, puede que tuviera una doble vida, que fingiera, que ocultara algo... Hoy en día no abundan en estas novelas los personajes como el padre Brown, protagonista de unas cincuenta historias de Chesterton. El padre Brown era un cura católico, de apariencia ingenua, cuya agudeza intuitiva lo convierte en un magnífico detective. De aspecto rechoncho, va acompañado de un enorme paraguas y resolvía los crímenes más enigmáticos, atroces e inexplicables gracias a su conocimiento de la naturaleza humana antes que por el razonamiento. Bueno, con el padre Brown se llega a la conclusión de que una *novela negra* puede tener un espacio para la bondad y el buen humor, que el Papa también atribuye como característica a los santos, a los que no considera compatibles con el mal humor.
- Las novelas de misterios, alegóricas o de reinos, que en los últimos años han estado de moda, suelen utilizar elementos religiosos, como las catedrales, para crear enigmas no siempre religiosos, y con otros intereses. Asimismo, es frecuente que utilicen elementos religiosos para considerarlos esotéricos y simbólicos de otras pseudorreligiones, desvirtuando su verdadera finalidad.
- En lo que respecta a las novelas autobiográficas, suelen ser egocéntricas, por definición. Escritas a veces con el objetivo de justificar la propia vida a través de la literatura. También hay excepciones positivas, pero en general es un género que se mira el ombligo, y busca lo estridente y lo llamativo.
- También me refería antes a la novela erótica de amor que se confunde con el sexo; la novela de mujeres, casi siempre desesperadas; y la novela de famosos de la televisión que cuentan algo. Ni que decir tiene que dejan poco espacio útil para la santidad de las bienaventuranzas, o para cualquier atisbo de Dios. Por lo común, suele suceder al revés, y con frecuencia se presenta la religiosidad de las personas como un impedimento para la felicidad y el placer. Es más, a veces se atribuye a la religión, y al catolicismo en particular, la supuesta represión de la sociedad contemporánea (aunque eso ya se decía hace 50 años, cuando la llamada Revolución Sexual). Y, en el caso de las mujeres, también se suele presentar la religión y mucho más a la Iglesia católica, como un freno y un obstáculo para su liberación e igual-

dad. Indudablemente, se hace con fines políticos sesgados y con intereses obvios. En ese sentido, un aspecto a destacar es la apología del aborto en muchos de esos libros. En otros no se hace apología, pero se subraya sólo la tristeza de la mujer que pasa por un aborto forzado, elegido por sus circunstancias personales. Se suelen olvidar los derechos del no nacido.

Especialmente curiosa es la evolución de la poesía contemporánea. Los poetas, incluso los no creyentes, siempre han mirado hacia Dios, o al menos hacia el misterio del más allá. También se han solidarizado con los débiles, se han puesto del lado de los desfavorecidos. Han apelado a los sentimientos nobles de las personas, empezando por el amor, y han dedicado espacios al dolor físico y a la vivencia espiritual. Esta es una línea que arranca de los clásicos, que alcanza su cumbre en la mística, en la que San Juan de la Cruz ejerce su magisterio, y que nos lleva hasta poetas actuales, más existencialistas y metafísicos, pero que también buscaban a Dios detrás de la niebla.

De ahí hemos pasado a una poesía anónima de tuiteros, que escriben para chavalitos y chavalitas desde la más abrumadora trivialidad. Utilizando palabrotas y exageraciones eróticas tan sólo para llamar la atención con fines comerciales. Así se ha llegado al punto de que el libro más vendido de poesía en los últimos años en España no es el de ningún gran poeta reconocido, sino uno titulado “Amor y asco”, de Señorita Bebi. Ha vendido mucho más que Ida Vitale, la poeta uruguaya galardonada con el último Premio Cervantes.

## Un ejemplo positivo

Entre una literatura que generalmente se fija mucho en el Mal, y poco en el Bien, también hay excepciones. Se podrían poner varios ejemplos, pero yo me quiero fijar especialmente en uno: la novela *El olvido que seremos*, escrita por el colombiano Héctor Abad Faciolince. Precisamente porque debería ser ejemplo de la santidad de las Bienaventuranzas. En este caso, puede ser también la santidad de un agnóstico. Porque el protagonista es un médico, que tiene como horizonte hacer el Bien. Y precisamente por hacer el Bien encuentra la muerte, un asesinato, que se convierte en un martirio.

Es un libro doloroso, escrito por el hijo, que ya era escritor con fama en Colombia, cuando se decide a escribirlo y publicarlo en 2006, después de dos décadas de dolor interior.

*El olvido que seremos* es un hermoso título. Procede de un poema de **Borges** que Héctor Abad Faciolince encontró en el bolsillo de la chaqueta de su padre, Héctor Abad Gómez, cuando fue asesinado. La novela trata de la relación que este escritor mantuvo con su padre, desde su nacimiento hasta que lo mataron cuando el autor contaba 28 años de edad y su padre 65.

El libro es interesante y escrito a contra corriente. No estamos acostumbrados a leer sobre una buena relación, extraordinaria en este caso, de padre-hijo. Normalmente, sucede al revés. Se trata de matar literariamente al padre. Quienes han escrito sobre ello cuentan relaciones tormentosas, difíciles o ausentes. Así lo hicieron **Kafka** o **Philip Roth**, entre otros muchos. Es toda una lección de vida lo que vamos a encontrar en estas páginas. Nos habla de una familia como deberían ser todas las familias. Una familia en la que el padre es un médico de Medellín, defensor de la igualdad social y de los derechos humanos, atento con los desfavorecidos. La madre es sobrina del arzobispo de Medellín, que en realidad fue como su padre, ya que era huérfana, y se crio con él. La madre decía: “Tío Joaquín fue como mi padre”. Pero subraya el autor que no era “una blasfemia”, y aclara que el arzobispo era un gran defensor y practicante del celibato.

Sin embargo, es curioso lo que escribe Héctor Abad Faciolince sobre la religiosidad de sus padres. Porque el padre era agnóstico y la madre casi mística en las creencias; pero en la vida práctica el padre era muy espiritual y a la madre no le gustaba la pobreza. Así dice que eran complementarios y que se querían.

Es muy curioso el principio de la novela, cuando la hermanita Josefa, una monja que cuidaba al novelista cuando era niño y a su hermana, le dice:

“– Su papá se va a ir al Infierno.

– ¿Por qué? –le pregunté yo.

– Porque no va a misa.

– ¿Y yo?

– Usted va a ir al Cielo, porque reza todas las noches conmigo”.

Entonces el niño se queda pensando, y le dice que no va a volveré a rezar.

– No. Yo ya no quiero ir para el Cielo. A mí no me gusta el Cielo sin mi papá. Prefiero irme para el Infierno con él.”

Es una novela con páginas llenas de amor. Para Héctor su padre era su ejemplo. Por eso, le dolió tanto su asesinato en pleno centro de Medellín, cometido por un grupo paramilitar. Esta novela biográfica, basada en un hecho real, es también una denuncia de la violencia, de la injusticia y del horror, sea del color que sea. En este caso se ubica en la Colombia de los años 80, pero se podría ampliar a cualquier situación y lugar similares. Y lo presentó como un homenaje a todos los que lucharon, y cayeron, por conseguir un mundo mejor.

El libro denuncia la violencia y los crímenes que asolaron a Colombia. Desde 1981 hasta 2012 se registraron en ese país 23.161 asesinatos, por grupos terroristas de diversas ideologías y mafiosos.

Algunos escritores españoles famosos y conocidos, como Javier Cercas, Rosa Montero y Manuel Rivas, lo elogiaron mucho. Cercas lo calificó como “un libro tremendo y necesario, de un coraje y una honestidad arrasadores. Por momentos, me he preguntado cómo ha tenido la valentía de escribirlo”.

Decía antes que en la literatura contemporánea es habitual que el Mal le gane al Bien, pero también podemos encontrar ejemplos en contrario. El que he apuntado, la novela *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince, me parece un ejemplo digno de reconocimiento y de conocimiento. Porque en el libro están casi todos los géneros a los que antes me refería: es una novela histórica de un tiempo de Colombia, hay un muerto, hay una autobiografía de un hijo que cuenta su infancia a través de su padre. Es una novela psicológica y sociológica. Hay creyentes y agnósticos. Pero sobre todo está presente la voluntad de hacer el Bien, de dar un testimonio con las Bienaventuranzas, incluso sin saberlo. Es un ejemplo de cómo se puede ser santo en un mundo contemporáneo y de cómo eso, en circunstancias difíciles, puede llevar incluso al martirio.

Para mí también tiene un significado especial, ya que ese libro me lo regaló un médico, recientemente fallecido, que pasó por la vida haciendo el bien. Y entendió la Medicina como un sacerdocio para curar a muchos pobres.

## La sed de Dios

Al principio, yo me he referido a la ausencia de Dios en la literatura actual, con algunas salvedades y excepciones. Pero no quiero olvidar, en esta intervención, algo que me parece muy importante en la literatura actual. Es una contradicción. Mientras lo políticamente correcto y lo literariamente correcto parece que es el ateísmo, o el agnosticismo, en paralelo también existe una sed de Dios.

Hay algunos escritores contemporáneos de prestigio que se han acercado a Dios, a la Virgen, a los santos, a los textos bíblicos, o incluso a sus experiencias personales para creer. Escritores importantes que han aportado una visión personal, que se caracteriza porque les falta la Fe. Diríamos que quieren creer, que ansían creer, que necesitan creer... ¡Pero no pueden! Les



falta dar ese paso importante, saltar la valla de los prejuicios y entrar a recorrer el camino de la Fe. Y no pueden, no quieren, o dudan.

¿Ateos y no creyentes escribiendo sobre Dios, sobre la Virgen y sobre los santos? Pues sí, hay algunos libros que son reveladores de ese acercamiento que, por lo común, se queda sólo en el hecho literario.

Uno de estos casos es el de Gustavo Martín Garzo, uno de los principales novelistas españoles, que se confiesa no creyente, pero que recuerda con afecto la religiosidad de su madre y el mundo en que creció. Para él, las historias sagradas son maravillosas, aunque le parecen a la vez fantásticas e increíbles. En 1993 publicó una novela muy premiada, *El lenguaje de las fuentes*, en la que daba vida a Jesús, nos dejaba una visión muy personal de José el carpintero, y entraba en el mundo simbólico de la Biblia. En 2012 este escritor vallisoletano volvía a la Sagrada Familia, en su novela *Y que se duerma el mar*. Esta vez se fijaba en la Virgen María, su infancia y maternidad. Un personaje que le parecía fascinante. Vista desde la incredulidad, pero fijándose en lo que rodea a la Virgen María como fuente de sabiduría y misterio inexplicable. Una chiquilla humilde a la que se le aparece un ángel y le dice que va a ser madre, “como en un cuento de hadas”, dice él. Libro sensible y simbólico, que como suele pasar en estos casos, está escrito desde el distanciamiento de lo estrictamente literario. Un libro que a unos cristianos gustó y a otros no.

“Jesús pertenece a todos los corazones y a todas las inteligencias”. Esto dijo, en una entrevista, el escritor asturiano Ricardo Menéndez Salmón, cuando publicó su novela *Niños en el tiempo*, que recibió el premio a la mejor novela iberoamericana de 2014, concedido en Puerto Rico. Está escrita con un lenguaje de tonos bíblicos. En ella entremezcla tres historias, en teoría diferentes, pero que después se relacionan. Empieza contando el dolor de un matrimonio por la muerte de un hijo, y después lo entronca con la infancia de Jesucristo. Es una novela con la intención de narrar el dolor por la pérdida del hijo y la salvación, por lo que decidió vincularla con la redención y con el misterio del Hijo de Dios.

Este escritor, Menéndez Salmón, también se califica como no creyente, pero explicó que se acercaba con respeto a Jesús, al que admira como personaje. Es un lector empedernido de los textos bíblicos. Como otros escritores contemporáneos, su incredulidad es compatible con el interés por la religiosidad. Podríamos decir que siente una admiración de la santidad, desde la distancia, sin buscarla.

Al manipular la vida de Jesús y de los santos, también hay libros que se han considerado tendenciosos o incluso blasfemos. Uno de ellos sería *El Evangelio según Jesucristo*, una novela del escritor portugués José Saramago, que ganó el premio Nobel de Literatura en 1998. Este libro originó una gran polémica. En realidad, lo que hizo Saramago fue aprovechar la narración de la vida de Jesús para darle la vuelta y presentarnos a un Jesús humano que se rebelaba contra Dios. Era una novela que ofrecía una visión heterodoxa y provocadora. Muchos lo vieron como una operación de marketing, más que un verdadero afán por profundizar e investigar la vida del Jesús de los Evangelios, cuyas ideas y pensamientos alteraba o inventaba, sin fundamentos reales.

Muy diferente es el acercamiento a los Evangelios de otro gran escritor contemporáneo, el francés Emmanuel Carrère. En 2015 publicó su novela *El Reino*, que fue un éxito de ventas mundial, también en España.

*El Reino es una mezcla de géneros*. Es una novela, pero es también un ensayo sobre los Evangelios, sobre los evangelistas y sobre los primeros cristianos. Y es una autobiografía, en la lucha personal del escritor por encontrar la Fe y pelear contra sus dudas.

La novela comienza con un episodio íntimo de Carrère: su conversión al catolicismo, ocurrida veinte años atrás, cuando una crisis personal le hizo ser “tocado por la gracia”. Son unas 100 páginas autobiográficas que cobran sentido por lo que leeremos más adelante.

Veinte años después de su conversión, Carrère vuelve a los textos sagrados, pero ya no como un creyente, que ha dejado de ser, sino ahora como “investigador”, a medio camino entre el novelista y el historiador. Y dirige su interés hacia el *Evangelio de Lucas* y los *Hechos de los Apóstoles*.

Ciñéndose al original, y apoyado en otros textos bíblicos, exegetas y fuentes historiográficas, el protagonismo se centra inicialmente en Pablo, que para Carrère resulta un hombre arrollador. Pablo es presentado como “un visionario, un seductor, un líder creativo” que tiene una

visión de futuro muy diferente a la de los apóstoles con poca cultura que acompañaron a Jesús. Por ello, Pablo defiende que el éxito del cristianismo será abrirlo a los gentiles.

Pero en la novela *El Reino*, Pablo abrirá paso a Lucas, el evangelista. El Lucas de Carrère, convertido en personaje de ficción, le permite recordar a otras figuras de los primeros tiempos del cristianismo, desde María a Nerón, Flavio Josefo o los apóstoles. Es como una guía particular que transita por el primer siglo de la era cristiana, de Jerusalén a Roma.

El autor bucea en el relato evangélico, pero llega un momento en que apuesta más por la literatura, por definir los personajes, que por la historia de la religión. La parte final es de ficción. Decide inventar los dos años que Lucas no cuenta en su Evangelio. Hace del evangelista un reportero de su tiempo, que entrevista a testigos, consulta escritos, e indaga sobre la vida de Jesucristo para narrarla. El evangelista habría usado la imaginación, asimilada a la inspiración divina. Carrère reivindica a Lucas como escritor, con una personalidad propia. Es un Lucas que en realidad se parece mucho a Emmanuel Carrère. Como creador, pero también con dudas en materia religiosa y humana. Lo considera alejado por igual de los fanáticos y de los ateos que presumen de tener respuesta para todo. Para Carrère, “ser cristiano es también ser agnóstico”. No saber. Esperar para creer. Por eso, escribe sobre los Evangelios, a la vez que cuenta la búsqueda de su camino personal. El hombre que quiere creer y deja de creer, siempre entre dudas.

Es lo que he llamado la sed de Dios en la literatura actual. A veces sin saberlo. A veces desde las posiciones más contrarias. Uno de los escritores contemporáneos que podríamos considerar más alejado de lo políticamente correcto y de lo religiosamente correcto es Michel Houellebecq. Se podría decir que, en el eterno combate entre el Bien y el Mal, él casi siempre ha apostado por el Mal. Se podría decir que sus actitudes éticas nunca han sido recomendables, sino más bien al contrario.

Sin embargo, hasta un personaje tan ajeno a la religiosidad tradicional como Houellebecq ha sentido la sed de Dios y la ha descrito. Aunque la describe como un fracaso personal. Hastiado de la vida, deprimido, decadente, reconoce que sólo la Fe puede salvarnos, pero no consigue tenerla. En su novela *Sumisión*, publicada en 2015, nos describe una distopía de política-ficción, con una Francia en la que el candidato de un partido islámico gana las elecciones presidenciales a Marine Le Pen y empieza a dictar leyes que alteran las costumbres, mientras islamizan la cultura y la educación. Hay un personaje, François, con evidentes elementos autobiográficos del escritor, que intenta recuperar la Fe visitando el santuario de la Virgen de Rocamadour. Allí pasa dos semanas, en busca de la Fe, visitando a la Virgen negra todos los días en su capilla.

Pero al final del viaje se convence de que no será capaz de recuperar la Fe: “La Virgen aguardaba en la oscuridad, tranquila e inmarcesible. Poseía la grandeza, poseía la fuerza, pero poco a poco sentí que perdía el contacto con ella, que se alejaba en el espacio y los siglos mientras yo me hundía en el banco, encogido, limitado. Al cabo de media hora, me levanté, definitivamente abandonado por el Espíritu, reducido a mi cuerpo deteriorado, perecedero, y descendí tristemente los peldaños en dirección al aparcamiento.”

François, triste, regresa a su casa. Su pregunta es muy actual: esa fe que construyó catedrales góticas a la Virgen Nuestra Señora (a Notre-Dame, en París y en Reims, en Ruan y en Estrasburgo) se debilita, ¿estará muerta? Para François, el protagonista de *Sumisión*, lo está: añora la Fe, la desea, le parece la única salvación, pero asume que le es imposible recuperarla.

Así Houellebecq nos plantea que el destino de François es el destino de Francia. Una cultura que ha nacido del cristianismo, y que ha olvidado su fe, por lo que está condenada. Sugiere el autor que ni François como persona, ni Francia como nación, podrán salvarse en el tiempo.

Para terminar, yo diría que la literatura actual es el reflejo de nuestro tiempo, de las tendencias que predominan. Hay una sed de Dios, hay una necesidad de ser santos. Esos santos de nuestro tiempo, esos santos de la clase media o de la puerta de al lado, a los que se refería el Papa Francisco.

Por eso, como él nos dice en su exhortación *Gaudete et Exsultate*, “sólo podemos vivir las Bienaventuranzas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo”. En definitiva, sólo podremos comportarnos como santos si nos abrimos al Espíritu, si somos capaces de vivir con Fe, y de transmitir a los demás la grandeza de la Fe.